

La mujer no lograba detener el llanto convulsivo que más que de dolor - se notaba - era de rabia. Las lágrimas se deslizaban copiosas sobre los pómulos salientes de su tez morena, y la brillantez de la luz que se reflejaba en aquellas gruesas gotas produciendo variados matices de colores casi parecidos a los tonos de un arco iris, hacía resplandecer aún más su cara redonda de india pura cepa.

- Qué te pasa, María - inquirimos al fin, cuando pudimos sobreponernos al estupor del espectáculo.

Nativa de Ecuador, la mujer llegó a Venezuela por los años 70 junto a una pila de hijos que formaban una escalera interminable, cuyo último peldaño no llegaría a sumar tres años completos de edad. La recordamos con cariño, pues fue la compañera preferida de nuestros hijos mientras la madre nos ayudaba en las labores domésticas. Silvia se llamaba [y se llama], y cuando sobrevino la edad escolar, nosotros mismos nos encargamos de inscribirla en una escolita para que al contrario de los hermanos probara el gusto de la escritura y de la lectura. La niña respondió.

OPINION

UN ABSURDO CASO DE XENOFOBIA

por Michele Castelli

La prueba fue la calificación discreta [16 puntos] con la cual culminó el ciclo de la primaria.

- Ay, don Miguel [así suele llamarme, a pesar de mi inconformidad]. Fui a inscribir a la niña en el liceo cerca de la casa, y no me la aceptaron.

- ¿Cómo es eso! No llevaba usted la boleta de zonificación?

- Sí. Pero aun así fue imposible. La directora me hizo saber que los liceos públicos son para los venezolanos. Me dijo que mi hija nació en Ecuador y que la llevara allá si tenía tanta gana de hacerle estudiar la secundaria.

- No puede ser. El Estado garantiza la educación de nativos y de residentes. Me parece un atropello inculcable. Yo le acompaño para...

- Por favor, no. Ya la directora me dijo que no volviera. Ni sola, ni acompañada. Dijo que me haría sacar a patadas. Me dijo también que nosotras vivíamos a Venezuela para trabajar de mesoneras o de algo peor. Que Silvia es muy bonita, y que ya podría hacerlo. Yo vine, don Miguel, para que usted me ayude a...

- ¡Pero es absurdo que una directora, una educadora, pueda decir esas cosas!

... Para que usted me ayude a conseguir otro liceo. La niña quiere estudiar. Quiere ser una persona instruida y no una analfabeta como nosotros. Tiene proyectos para el futuro. Quiere ser secretaria, o maestra, o...

No pudimos escuchar más nada. Mi esposa y yo nos miramos la cara compungidos y creo recordar apenas una promesa de ayuda, sin la real convicción de poderla cumplir. Fue tal vez un escape para truncar de la manera menos dramática una situación tan irritante. Fue una demostración más de los abusos que a diario se cometen contra los desposeídos. Peor aún si vienen de tierras lejanas, como nosotros vivimos hace muchos años.